

## **El problema de la desnutrición popular salvadoreña**

Juan Allwood Paredes  
RLU: 1958 - (3 y4) - pp. 319-322

Afirmar que la mayoría de los salvadoreños subsiste con dietas alimenticias deficientes no sería novedoso, por más que un extranjero afirmara hace pocos meses todo lo contrario. También es cierto que aquella afirmación se ha hecho varias veces con fines demagógicos y con el propósito de desacreditar al gobierno haciéndolo aparecer como causante y mantenedor de esa situación nefasta.

Lo que sí es poco conocido y menos reconocido fuera de los círculos médicos es que, en verdad, un extenso sector de la población padece de hambre crónica cuyos más severos grados se manifiestan en niños de 1 a 5 años y en las mujeres en edad reproductiva, especialmente entre la población rural.

Las encuestas dietéticas y las investigaciones clínicas, muchas de ellas realizadas en el país como parte del programa de investigación del Instituto de Nutrición de Centro América y Panamá (INCAP), constituyen bases científicas para

suponer que nuestra población está sujeta a grave penuria de alimentos. Que es una de las peor alimentadas del mundo.

Aunque faltara aquella comprobación, las experiencias cotidianas en consultorios y hospitales públicos en todo el país, adonde acude un número cada vez más creciente de niños y adultos cuya enfermedad primaria es la desnutrición severa, bastaría para convencer de que la situación no es sólo alarmante sino que tiende a agravarse en el correr del tiempo, volviéndola un problema que el gobierno y el pueblo salvadoreño deben considerar como la máxima y urgente prioridad.

Para la mayoría de la población salvadoreña quizá no exista mayor obstáculo en la conservación de su bienestar físico, mental y social que la falta de una dieta adecuada. El crecimiento vegetativo fenomenal de la población agravará año tras año el problema, si no se adoptan

desde ahora medidas enérgicas para contrarrestarlo. El hecho de que sean las madres y los niños los más afectados por la desnutrición compromete la vitalidad de las generaciones venideras.

Eso es de necios explicar la situación alimenticia de las clases económicamente débiles, atribuyéndose como causa única un defecto de carácter de la gente. “No comen bien porque se gastan el dinero en otras cosas”, afirman algunos quizá como una excusa para tranquilizar sus conciencias. Es indudable que la ignorancia juega un papel importante como factor que empeora la desnutrición manifestándose ya sea en la desatinada selección de alimentos, en su inadecuada preparación culinaria, en la falta de higiene en su manejo o bien en las numerosas creencias y supersticiones acerca de los efectos de ciertos alimentos y medicamentos. Sin embargo, las encuestas estadísticas verificadas para determinar el costo de vida obrera demuestra que desde 1954 ese grupo, en situación económica normalmente mejor que la del campesino y que la de las numerosas familias semi-indigentes de las ciudades, está invirtiendo 55% de sus ingresos en alimentos. A pesar de esa enorme proporción en el gasto, la dieta de ese grupo es todavía deficiente.

Hay razones evidentes para afirmar que aún en el caso de que las familias de los peones del campo y de la ciudad y el crecido grupo de las familias desorganizadas

y semi-indigentes en todo el país, quienes juntas forman mayoría, invirtiesen todos sus ingresos en alimentación, no lograrían proveerse de una dieta saludable.

También es posible demostrar que aunque todos los alimentos que se producen en el país y los que se importan fueran distribuidos equitativamente entre la población, no bastaría para asegurarle a cada uno de los salvadoreños una dieta mínima adecuada.

Como resultado de factores demográficos, culturales, sociales, tecnológicos y otros de diverso orden, el precio de los alimentos básicos necesarios para el crecimiento, el desarrollo y la vida saludable está muy por encima de la capacidad adquisitiva de un sector mayoritario de la población salvadoreña. Por otra parte, los precios de los alimentos en El Salvador, aún considerados en términos absolutos, son de los más altos en América.

El problema de la desnutrición popular ya ha sido bastante bien estudiado. No se trata del hambre aguda que resulta de la privación completa o casi completa de alimentos. ¡Dios libre a El Salvador si eso llegara a ocurrir en gran escala! Se trata de la privación prolongada de ciertos alimentos que contiene sustancias esenciales para el crecimiento y desarrollo del organismo humano y para sostén de la vida. Las deficiencias alimentarias más generalizadas y graves en El Salvador son las de las

proteínas de alto valor biológico, de vitamina A, la riboflavina y de yodo. También faltan, aunque en menor cuantía, el fluor, el calcio y en algunos casos el hierro.

Casi todas esas sustancias vitales se encuentran en alimentos como la carne, los huevos, el pescado, los mariscos, la leche; algunas de ellas abundan en ciertas hojas y verduras. Una persona con medios económicos suficientes come regularmente de esos alimentos y mantiene así su organismo en un estado satisfactorio de funcionamiento. En cambio una dieta monótona de tortilla y frijoles o, tratándose de un niño, de atoles de maicena, pan blanco, etc., carecen de muchas de aquellas sustancias vitales.

El alto precio de los alimentos primeramente mencionados impide que sean consumidos regularmente por la población de escasos recursos económicos.

Los niños de 1 a 5 años y las madres en gestación son quienes más intensamente padecen por esa privación ya que las exigencias de crecimiento y desarrollo de los unos y el exceso de alimentos requeridos por el embarazo de las otras, les coloca en un déficit nutritivo más grave y comprometedor de la salud.

Día llegará en que el nivel de vida de los salvadoreños les permitirá disfrutar de una alimentación suficiente, variada y apetitosa, a cualquier precio. Este ideal será

alcanzado tras un largo proceso de superación cultural, económica y política, el cual, forzosamente requerirá de muchos años para completarse. Mientras tanto la desnutrición está minando las fuerzas mismas que han de impulsar el progreso hacia aquella meta.

Hacer accesible a la mayoría del pueblo una dieta apropiada, en el más breve plazo, a fin de no comprometer más el futuro de la nación tal parece que debiera ser el afán de nuestro gobierno y la preocupación de quienes están en la capacidad de contribuir a tan noble fin.

Nadie puede desestimar el mérito indiscutible de todos los programas de mejoramiento económico, cultural, tecnológico y sanitario puesto en marcha desde hace muchos años y actualmente continuados, renovados y vigorizados por el gobierno actual. Todos esos programas son medidas conducentes a fin primordial de mejorar el nivel de vida en todos los aspectos, incluyendo el nutricional.

Sin embargo, ante situación tan apremiante sería menester darle a la actividad gubernamental un enfoque específico, cual sería la unidad de un propósito inmediato en los programas en desarrollo, cuyas metas y perspectivas generales es bien sabido, se proyectan hacia un futuro más lejano.

Por las razones apuntadas este plan estaría animado por un senti-

do de urgencia en lograr una medida de bienestar físico, mental y social, en favor de una población cada vez mayor para quien la competencia por la vida, en una sociedad inspirada en la doctrina de libre empresa, está resultando tarea demasiado excesiva de sus débiles recursos biológicos y culturales.

Dicho plan no será obra de beneficencia en el sentido tradicional del término sino legítimo recurso técnico de fomento económico-social, por cuanto que esa población sub-alimentada es un lastre cada vez más pesado en el ascenso hacia el progreso que se ha propuesto la colectividad salvadoreña.

Las investigaciones científicas realizadas con el concurso del INCAP, debidamente verificadas en los laboratorios de este organismo centroamericano y sometidas a pruebas experimentales entre la población, han puesto a nuestra disposición medios capaces de combatir las diferencias nutricionales apuntadas, utilizando materiales de bajo costo y vehículos alimenticios de aceptación popular.

La utilización de esos materiales sería labor inmediata y apremiante dentro del plan de acción conforme a los programas siguientes:

Yodación de la sal común conforme a las recomendaciones y resoluciones del consejo del INCAP. La deficiencia del yodo es la más fácil de corregir. Guatemala ya tiene

muy encaminado este programa. En El Salvador se han adelantado ya a los estudios de carácter económico de la industria salinera y solo faltan decisiones ejecutivas para llevar la yodación a la práctica.

Producción industrializada y fomento del consumo de la mezcla de proteínas vegetales para la alimentación de niños después del destete. Esta mezcla de proteínas vegetales es una conquista científica del INCAP, de enorme valor práctico por cuanto que sin recurrir a alimentos de origen animal y de alto precio se ha logrado una combinación adecuada de las sustancias requeridas para el crecimiento y desarrollo de los niños.

Producción de harina de masa para tortillas, debidamente enriquecida artificialmente conforme a normas establecidas por el INCAP y utilizando el proceso industrial experimentado por el ICAITI. Mediante ese enriquecimiento las tortillas adquieren un valor alimenticio notable superior sin modificar en modo alguno sus propiedades sápidas. El consumo de ese tipo de tortilla deberá hacerse lo más extensivo y obligatorio a quienes la dan como parte del salario de los trabajadores.

Campaña educativa intensa acerca de los principios de la nutrición. Esta campaña se efectuará conforme programas bien elaborados en todos los niveles de la enseñanza, principiando por el adiestramiento de los maestros y profesores de las

escuelas públicas y privadas. Se hará extensiva al público en general utilizando todos los medios de comunicación como la radio, la prensa, la televisión, o bien mediante pláticas y demostraciones a grupos congregados con este fin. Participarán en ella en carácter de asesores miembros del personal de INCAP y la Dirección General de Sanidad.

Por parte del Ministerio de Agricultura enérgica y bien planeada campaña en pro del mejor uso de las tierras en la producción de alimentos, incluyendo la divulgación y el fomento del cultivo de hievas, verduras y frutas comestibles que pueden cosecharse en pequeños predios hogareños.

Una modificación y reorientación fundamentales, en los conceptos doctrinarios y métodos de trabajos de organismos e instituciones dedicadas a velar por la salud y la beneficencia pública, de manera que enfoquen sus programas primordialmente hacia la mejoría de la nutrición popular.

Es necesario que este programa de máxima prioridad sea dirigido y coordinado por una Comisión Nacional de Nutrición conforme a las recomendaciones del consejo del INCAP. De nada serviría tal organismo si no ha de estar investido de la autoridad y el prestigio delegados por el Presidente de la República a quien aquella comisión recomendaría para la ejecución de las medidas que fueran necesarias. En tal co-

misión estarían representados por funcionarios técnicos de alto rango, los Ministerios de Salud Pública, Cultura, Economía y Agricultura; de las Asociaciones de Cafetaleros, Ganaderos, Algodoneros y Azucareros; y contaría con el asesoramiento del INCAP, del ICAITI, de la Universidades y de los organismos técnicos gubernamentales que fueran necesarios. Sería presidida por el propio Presidente de la República cuya autoridad aseguraría la realización de los programas aprobados.

Si el plan así esbozado llegara a ser puesto en práctica, el Salvador dará al mundo un ejemplo de cómo la democracia puede afrontar y resolver problemas sociales de tan gran envergadura; de cómo puede con sus propios métodos enmendar los errores ya cometidos en el transcurso de su vida incipiente y sobre todo, enseñará a otras naciones en iguales o parecidas condiciones a las nuestras, el camino hacia la conquista del hambre insidiosa, crónica y mortífera.

Podemos esperar confiadamente que El Salvador recibirá toda la ayuda que fue necesaria para el logro de esta magna empresa; no sólo de sus propios hijos quienes ningún mal podrían ver en este esfuerzo por redimir del hambre a un extenso sector de la ciudadanía, sino también de muchas otras fuentes que desearían compartir con nuestro gobierno la satisfacción y el legítimo orgullo cívico por el éxito en tan noble afán humanitario.